

Breve historia del cine argentino, César Maranghello, Barcelona, Laertes, 2005.

Títulos como *El viento se llevó lo que* (1999), *Mundo grúa* (1999), *Nueve reinas* (2000), *El hijo de la novia* (2001) o *Kamchatka* (2002) han conseguido que en estos momentos el cine argentino se encuentre entre las cinematografías más valoradas, mejorando la imagen internacional de un país en horas bajas por las dificultades económicas y los desafueros políticos. Para buena parte del público español, este cine surgido tras el gobierno de Carlos Menem, denominado el último Nuevo Cine Argentino, ha sido una sorpresa total. En realidad, estamos ante una de las cinematografías mundiales más señaladas y de mayor continuidad, si bien, debido a su trayectoria irregular y a las convulsiones políticas, el cine argentino sólo ha traspasado las fronteras en momentos concretos. Me refiero, por ejemplo, al ciclo sobre la dictadura o sobre la mentalidad de la dictadura de los años ochenta, con títulos como *Camila* (1984), *La historia oficial* (1985) y *La noche de los lápices* (1986); al boom de los años 1973 a 1976, con películas como *Boquitas pintadas* (1974), *La Patagonia rebelde* (1974) y *Quebracho*

(1974); o la época dorada de los años 1933 a 1945.

Precisamente, en el libro que comentarnos, César Maranghello estudia el cine argentino para que entendamos que lo sucede en estos momentos no es una casualidad. Por supuesto, meter en trescientas páginas más de cien años de historia, desde la llegada del cinematógrafo el 6 de julio de 1896 hasta la actualidad, es una empresa imposible. Además de grandes dosis de síntesis y de un buen criterio de selección, se requiere partir de una sólida teoría sobre lo que es el cine y la historia. Porque hay muchas posibles historias del cine argentino: historia de los autores o directores (Luis César Amadori, René Múgica, Leopoldo Torre Nilsson, Luis Saslavsky, Fernando Birri, Fernando Ayala, Luis Puenzo, Juan José Campanella...), historia de los intérpretes (Libertad Lamarque, Luis Sandrini, Lautaro Murúa, Federico Luppi...), historia de las productoras (Argentina Sono Films, Ariel...), historia de los géneros (el cine de gauchos, de tangos, el melodrama, el cine militante...), historia temática (la mitificación del pasado, los desaparecidos, la pequeña burguesía...), historia política (la censura, la represión, el sistema de fomento) o, sin acabar las posibilidades, historia internacional, ya

sean las relaciones con el cine norteamericano (importaciones, boicots...) o con el cine español (el desembarco de las empresas españolas en los años treinta, los exiliados de la guerra, los acuerdos cinematográficos entre el peronismo y el franquismo, las coproducciones de los últimos años...).

Cesar Maranghello entiende la historia del cine como una historia de las películas, de modo que esta *Breve historia del cine argentino* es una historia catálogo donde la «brevedad» consiste en citar cerca de mil títulos y más de quinientos nombres de directores, actores, guionistas, etc. En efecto, cada capítulo consiste en una breve introducción que contextualiza los distintos periodos que distingue el autor: Los pioneros (1896-1910), Primera expansión de la producción (1911-1920), La artesanía discontinua de la ficción (1921-1927), La difícil transición al cine sonoro (1928-1932), etc. Tras esta contextualización, se enumeran las películas más sobresalientes, resumiéndose en un párrafo una serie de variables, normalmente el género y el argumento, además de nombrar al director, el guionista, los actores u otros profesionales según el caso. Esta fórmula nos permite establecer una especie de canon del cine argentino, donde encontramos

títulos tan variados como *Nobleza gaucha* (1915), *Viento norte* (1937), *El jefe* (1958), *La mano en la trampa* (1961), *La hora de los hornos* (1966-1968), *La tregua* (1974), etc. Sin embargo, su propuesta histórica exige del lector un gran esfuerzo para entre-sacar de estas páginas las otras posibles aproximaciones al cine argentino que arriba hemos mencionado, alguna de ellas, para nosotros, más pertinentes. En cualquier caso, estamos ante un libro que nos acerca a una cinematografía que, en algunos momentos de su historia, fue la más importante en lengua castellana.

Emeterio Diez

La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina: 1830-1870. *Graciela Batticuore. Buenos Aires, Edhasa, 2005, 366 pp.*

Originado en la tesis doctoral que la autora defendió en el año 2003 en la Universidad de Buenos Aires y galardonado con el Primer Premio de Ensayo del Fondo Nacional de las Artes, este libro indaga la relevancia que cobra la mujer letrada entre 1830 y 1870

en Argentina, reconstruyendo el proceso de emergencia de la figura de la lectora romántica así como también el difícil pasaje de la lectura a la autoría femenina. Para ello articula tramas y redes culturales que se expanden por Buenos Aires, Santiago, Montevideo, La Paz, Lima, Río de Janeiro, Washington y París, primero con los exiliados argentinos de la tiranía de Rosas y luego con los viajeros y diplomáticos. En este tramado aparecen las problemáticas de la lectura y la escritura femenina, la educación de las mujeres, la diversificación del público y la gravitación de la mujer lectora en las elecciones genéricas y retóricas de los escritores románticos.

Con repertorios críticos renovadores (la historia de la lectura, los estudios de género) la autora arma su objeto como un espacio en donde confluyen los debates en la prensa protagonizados por Alberdi, Echeverría y Sarmiento en los que se aborda la problemática de la educación de la mujer, las escenas de lectura de *Amalia* de José Mármol, las dificultades de los primeros proyectos de revistas femeninas escritas por mujeres, las cartas y las memorias de Mariquita Sánchez de Thompson y la obra periodística y literaria de Juana Manuela Gorriti, Juana Manso y Eduarda Mansilla. Recomponen, además, circuitos de

lectura y de sociabilidad literaria, analiza en particular las diversas tácticas que implementan las escritoras para insertarse en el mundo cultural y sistematiza tres modalidades de autoría femenina: la autoría escondida, ya sea detrás del anonimato, la pseudonimia o directamente la negación a publicar sus escritos; la autoría exhibida; y finalmente la autoría intervenida.

La argumentación es rigurosa, con una hipótesis vertebradora formulada con claridad a partir de la cual el análisis, pese a abarcar materiales heterogéneos, jamás se torna disperso y fragmentario. Sin descuidar el análisis textual, la autora tiende a privilegiar interpretaciones basadas en las relaciones con el contexto político y cultural. De esta manera, la labor crítica se apoya en una investigación exhaustiva a través de un trabajo de archivo en diarios, revistas y epistolarios privados que descubre fuentes y aporta nuevos datos para indagar zonas de la historia literaria argentina que han permanecido hasta ahora poco exploradas y a la vez revisar con inusitada solidez las huellas más transitadas de la crítica literaria por los polvorientos caminos del siglo XIX.

Este libro, por lo tanto, representa un valioso aporte no sólo para el estudio de la mujer lectora

y escritora sino también para el abordaje renovador de la generación romántica del 37 desde la perspectiva de la lectura, su historia y sus prácticas.

Fabio Esposito

Sócrates, el sabio envenenado,
Miguel Betanzos, Buenos Aires, Grijalbo Novela Histórica, 2005, 224 pp.

«¡Oh, ingenuo Sócrates! ¡Por un momento habías creído en los hombres! ¡Habías confiado en que aprenderían a ser virtuosos y comprensivos, a ejercer el difícil arte de la prudencia y de la tolerancia, habías pensado en que la necia criatura humana podría redimirse por medio de la razón!» Así se autorrecrimina Sócrates, apenas es enterado por un desconocido, mientras está dando uno de sus diarios paseos por el Ágora, de que un ciudadano ateniense ha puesto una demanda en su contra ante el Gran Tribunal. Y en este punto empieza su *via crucis* (cinco siglos antes del auténtico, el de Jesús), que por la época de la Grecia clásica era el camino de la cicuta, «aquel líquido espeso y de color verdoso» con que la justicia castigaba a los condenados a la pena capital. La cicuta se

vertía en «una copa de bronce que contenía la muerte». Sócrates se la bebió de un trago, sin protestar, y de tal modo pasó a la Historia como «el sabio envenenado» del que nos habla en este libro —de manera sencilla, pero impecable y emotiva— el novelista argentino Miguel Betanzos.

El «delito» de Sócrates: interrogar, caminar incansablemente por las calles y el mercado de Atenas, «importunando» a sus conciudadanos con preguntas sobre lo justo, lo bello, lo verdadero, lo bueno, la virtud... Así y todo, «la necia criatura humana» y, sobre todo, los necios dictadores de turno que se sucedían en aquellos tiempos de guerras que terminaron socavando los cimientos de la democracia ateniense, no tuvieron más remedio que soportarlo... hasta el día en que Sócrates, hastiado de los miles de asesinatos y destierros decretados por el Poder, se trepó sobre un banco de piedra y, «como si fuera un agitador, un tribuno de feria, vociferó hacia la multitud: “¡Por Zeus! ¿No creéis que debe ser un mal pastor aquel que hace menguar sus rebaños? [...] Y si es un mal pastor quien reduce el número de sus ovejas, ¿no será aún peor aquel gobernante que disminuye y empeora a sus ciudadanos?”» Pregunta fatal, puesto que si el mero preguntar constituye un desafío difícil de